

Sí; yo te vengaré! . . . Walter! espero
 Que tú, cual siempre, inteligente, astuto
 Cojas también de mi victoria el fruto,
 Prestándome tus luces y tu acero.
 Ayúdame á vencer, y el mar profundo
 Te tendrá por señor . . . de árbitro el mundo.

CUADRO SEXTO

EL JURAMENTO

WALTER.

Te felicito, Alvár: has sido franco;
 Y no te pese, que la artera maña
 No puede alucinarme, ni me engaña.
 Al decir la verdad, diste en el blanco;
 Y pues la has dicho sin disfraz y entera,
 Mi respuesta también será sincera.

Qué somos?—Dos bandidos—no te asom-
 Llevamos nuestros rótulos escritos [bres!
 Sobre la frente: infames y proscritos,
El Pirata, el Traidor, son nuestros nombres.
 Mas de la empresa el éxito sublime
 Borrar puede el baldón que nos oprime.

Yo, que á la humanidad juré la guerra;
 Yo, del mundo en justicia aborrecido;
 Yo, que ando disfrazado, perseguido,
 Peregrino y errante por la tierra,
 Yo contemplo con júbilo la puerta
 Por tu ambición á mi ambición abierta.

Ofrecerte morir vano sería:
 Bien sabes tú que mi existencia amarga
 Es una grave, insoportable carga,
 Que al infierno con dote ofrecería:
 Juégola con desdén, ora en las olas,
 Ora contra las armas Españolas.

Esos que entre oro y púrpura se mecen;
 Esos cuyo instrumento infame he sido,
 Esos reyes, Alvár, que yo he servido,
 Y no saben cumplir ni lo que ofrecen;
 Esos que me buscaron por discreto,
 Matándome, mataran su secreto.

Yo desconfío de ellos. Por el mundo
 Vago, cual ave que extraviada y sola
 No ve otra cosa que la hirviente ola
 De un mar sin horizontes é iracundo. . . .
 Así estoy. . . . Ah! mi situación me espanta!
 Huye entera la tierra de mi planta!

Soy tuyo, Alvár; soy tuyo! y á tu lado,
 Lejos de toda inspiración perversa,
 De tu fortuna, próspera ó adversa,
 Me convierto en partícipe y aliado.
 Oro tengo, y nobleza . . . compraría;
 Quiero gloria, poder y nombradía;

Quiero que una mujer á quien adoro,
 De mi desgracia heroica compañera,
 Sea de mis hazañas la heredera,
 Y que, de hijos y nietos el tesoro,
 En sucesión perpetua, mi alto nombre,
 Á los pueblos conmueva y los asombre.

De todo soy capaz : sé tú primero,
Que nadie sino yo será segundo.
Yo en el mar, tú en la tierra ! Verá el mundo
Si puedo ser tu digno compañero.
Arregla tú la tierra, que yo sólo
Me basto para el mar de polo á polo.

Hora mándame, Alvár ; ordéname algo
Extraordinario, y peligroso, y grande :
Quiero que un imposible se me mande
Para que tú conozcas lo que valgo,
Y sepas que no hay riesgo, empresa ó lance,
Que á detener mi atrevimiento alcance.

ÁLVARO.

Voy á explicarte . . .

WALTER.

Explicación no cabe
Del superior al inferior : disuena
Esa frase en tu labio : impera, ordena :
Tu situación, mi situación es grave ;
Y que úno mande la victoria espera,
Que el resto calle, y obedezca, y muera.

ÁLVARO.

Con esa decisión y esa doctrina
Por pocos y valientes profesada,
Cediera el universo ante mi espada
Y ante su irresistible disciplina.
Te reconozco, heroico compañero,
Segundo en mando y en virtud primero.

Te voy á complacer ; mas parte ahora.
De misionero el venerable traje
Cambia por aquel hábito salvaje. . . .
Oye ! mañana, al despuntar la aurora
Debo tenerte preso, encadenado,
Y á suplicio infamante condenado.

La turba imbécil rogará entre tanto
Por ti, inocente, mártir, prisionero ;
Y luégo penetrando al campo Ibero
Con el prestigio y el poder de santo,
Víctima amada, tenderás el lazo ;
Guerrero fuerte, vencerá tu brazo.

Confíada á tu lealtad mi estratagema,
Prepárate á vencer, Walter ; y sabe
Que del humano corazón la llave
Es de oro ; y que yo tengo por sistema
Comprar ó destruir á mi enemigo.
Así, ó deja de obrar, ú obra conmigo.

Pero el oro no basta : que el acero
La confusión, el fuego, la sorpresa
De un ataque imprevisto en esta empresa
Me den un triunfo inevitable, quiero.
Tendrás valor ?

WALTER.

Le tengo, Castellano ;
Venza ó perezca en el combate, gano.

ÁLVARO.

¿ Puedo confiar en que el metal impuro
Corra, y de la traición riegue el veneno ?

WALTER.

Lo juro.

ÁLVARO.

¿ Incendiarás, si te lo ordeno,
El almacén de pólvora ?

WALTER.

Lo juro.

ÁLVARO.

¿ Harás que Rila se retire, y luégo
Sorprenda, ataque, al divisar el fuego ?

WALTER.

También lo juro, Alvár ; y ante mi saña
Servida por mi brazo en ese día,
Cederá la vil turba en su agonía,
Como cede la espiga á la guadaña
Del segador. Atiende mi promesa :
Te daré la ciudad vuelta pavesa.

Si no lo hiciere, Alvár, puedes buscarme
Do haya mayor estrago, muerto al lado
Del más valiente, y en su sangre ahogado.
Júrame tú que irás á rescatarme,
Y que del Cauca en la corriente pura
Me darás una digna sepultura.

Yo le tengo un horror supersticioso
Del polvo vil al ávido gusano.
Lego mi cuerpo al mar : que al Oceano

Le lleve aquel torrente poderoso ;
Que las ondas, objeto de mi culto,
Mis átomos reciban en tumulto.

No exijo más ; éste es mi testamento.
Quede á la muerte le elección del día,
Siempre que sea corta mi agonía.
Mi cuerpo ! Alvár, ¿ con tu palabra cuento ?

ÁLVARO.

Tu cuerpo. . . . ¡ Qué ! de perecer se trata ?

WALTER.

Eso no es contestar. Dí ¿ quién rescata

El cadáver de Walter, que á la muerte
Se va á precipitar, ó á la victoria,
Á quien infamia eterna ó alta gloria
Puede igualmente deparar la suerte ?
Es posible morir ; vencer espero :
Dí ¿ mi cadáver salvarás si muero ?

Sí ó no ?

ÁLVARO.

¿ Y qué importa, compañero mío,
Del barro vil la degradada escoria ?

WALTER.

Álvaro ! escucha y calla ! Hay una historia
Que revelara mi cadáver frío :
Una familia, un nombre que reclama
De mí, que salve, aun al morir, su fama.

Si triunfamos, mis hechos redentores
Digno me harán del inclito apellido ;
Mas ay ! si fuere por mi mal vencido,
Quiero dejar en paz á mis mayores,
Ya que el éxito sólo hace propicia
Eso que el hombre llama su justicia. . . .

Hay en mi cuerpo sendas inscripciones,
Motes, armas . . . ¡ juguetes de marino !
Que revelan mi nombre, mi destino,
Mis abuelos, mis padres, sus blasones ;
Y á Satán doy el alma, pero al hombre
Ni confío mi cuerpo, ni mi nombre.

Si quieres de mi brazo estar seguro
Presta, Alvár, el solemne juramento.
Ó juras rescatarme, ó no consiento
En vencer ni en morir.

ÁLVARO.

Pues sí lo juro :
Por las cenizas de mi padre, ofrezco
Que rescato tu cuerpo, ó que perezco.

WALTER.

Todo está hecho.

ÁLVARO.

Al despuntar la aurora
Estarás preso ; parte sin demora :
Urge el tiempo ; mañana en la ribera
Del Cauca, vaga errante y conturbado,
Como quien busca titubeando un vado.

WALTER.

Hasta mañana al alba. . . .

ÁLVARO.

Pero espera !
Lleva este anillo : es prenda de respeto !

WALTER.

Mi solo talismán es el secreto.

Se fué ! La guardia ronda, Álvaro vela ;
Y apenas raya el esperado día,
Á vista del despierto centinela
Walter por la ribera aparecía.
Detenido, á las súplicas apela ;
Juzgado, es condenado como espía.
Así disfraza el déspota discreto
De mártir á su cómplice secreto.

Aquel tirano suspicaz y grave
Las duras artes del gobierno entiende ;
Rebelde antiguo, demasiado sabe
Que del secreto su éxito depende.
Al vulgo sólo obedecer le cabe,
Y de su labio y de su ceño pende
La armada multitud, que su absoluta
Voluntad ni resiste, ni disputa.

Él solo el premio y el castigo ordena,
Junta, altera, disuelve las legiones ;
Su voz urge á la turba, ó la refrena,
Excitando ó templando sus pasiones :

Su voz remacha ó rompe la cadena,
Y su voz abre ó cierra las prisiones :
Así, cuando Don Álvaro lo quiere,
Fúgase el preso, el centinela muere.

La fama de que un pobre misionero
Está expuesto á la muerte y á la afrenta,
Cunde por la ciudad : el pueblo entero
De la noticia tiembla y se lamenta ;
Y el prestigio del falso prisionero
Con romancescas fábulas aumenta
La víctima futura, que al santuario
Va á orar por el futuro victimario.

Tal es el mundo : nunca conocemos
Á quién hemos de odiar, ni á quién amamos ;
En pos del mal sin término corremos,
Y necios ir detrás del bien pensamos ;
Rogamos por el mártir que no vemos,
Y al amigo mejor sacrificamos ;
Fiamos en la hipócrita apariencia,
Y sólo para errar tenemos ciencia.

CUADRO SÉPTIMO

EL ERMITAÑO

ENTRE la sombra solitaria y fría
De la apartada y secular montaña,
Sin más bienes que el cielo y su cabaña,
Vive un varón en honda soledad.

La férrea mano del dolor marchita
Los blancos lirios de su clara frente,
Mas su mirada reverbera, ardiente
Con el vigor de la primera edad. . . .

Talvez su vida el porvenir encierra ;
Talvez de Dios la previsión divina
Á cumplir sus decretos le destina,
Y tiene su arma y su instrumento en él.
Quién comprende al Señor? Él eslabona
Nuestras acciones ; y su diestra lanza
Ya un esparto, ya un mundo, en la balanza
Del Universo, y equilibra el fin.

Ora ante el cesto en que Moisés naufraga
Un leve junco sobre el Nilo tiende,
Y de ese junco el porvenir suspende
De la raza bendita de David :
Ora parece deteniendo el astro
Que dirige al ocaso su carrera,
Porque su luz derrame en la pradera,
Y el pueblo de Israel siga en la lid.

Dios, que esconde su origen, no en el tiempo,
Que el tiempo está por lindes circunscrito ;
Dios, para quien lo eterno y lo infinito
Sólo atributos de su esencia son ;
Dios, que esconde su fin, no en lo futuro,
Que lo futuro á ser para Él no alcanza ;
Dios, en quien no hay memoria ni esperanza,
Porque sólo hay presente para Dios ;

Sí ; Dios se digna gobernar al hombre,
 Porque todo lo abarca : Él es perfecto,
 Y da leyes al sol como al insecto,
 Y cuida al ángel y al gusano vil ;
 Todo lo crea, y lo gobierna todo :
 Ya de mundos innúmeros tachona
 El cielo, ya los reinos eslabona
 Á la suerte de un hombre ó de un reptil.

Muerda á Colón un áspid, y el destino
 Cambia del Universo : los millones
 Que han venido á poblar nuestras regiones
 No serían siquiera los que son.
 Rómpase el débil cáñamo en que cuelga
 La madre á Fulton en su pobre cuna,
 Y la industria del mundo, y su fortuna,
 Quedan, porque él no piensa, en la inacción.

Como al contacto eléctrico se cimbra
 Una cadena de extensión inmensa,
 Del genio al soplo se despierta, y piensa,
 Y obra, y corre al poder la humanidad.
 Para toda medita Galileo,
 Y el ciego Homero para toda canta,
 Y Saulo y Pedro, en su doctrina santa,
 Enseñan para toda, la verdad.

Una es la humanidad. Ibero y Chino
 Y Colombiano y Tártaro remoto
 Navegan juntos ; mas del mar ignoto
 Dios sólo el rumbo y los escollos ve ;

Y porque Él sólo es sabio, y Él conoce
 Sólo del puerto el último reparo,
 Alza en la mar, por nuestro bien y amparo,
 El faro inextinguible de su fe.

Entre tanto el filósofo presume
 Que la dicha con números calcula,
 Y en balanza sin fiel pesa y regula
 Los átomos de bien y de salud !
 Necio ! sólo una regla hay para el hombre :
 El crimen siempre á la desgracia induce,
 Siempre á la dicha la virtud conduce,
 Siempre la fe conduce á la virtud.

Con la fe vuela Codro al matadero
 Á salvar á su pueblo del Doriano ;
 Con la fe vence al Persa el Espartano,
 Resiste á Roma el Scita con la fe.
 Sócrates, al sentir el zumo ingrato
 Del veneno mortal helar sus venas,
 Ríe dejando á su querida Atenas,
 Porque otra patria tras la tumba ve.

Ante los doce de Yatreb, que anuncian
 De un Dios único y grande la doctrina,
 La muchedumbre idólatra se inclina
 Cual se inclina la espiga al huracán ;
 Y al brillo de sus corvas cimitarras,
 Y pidiendo á la muerte el paraíso,
 Entre Brahma y el Cristo, de improviso,
 Le alzan su trono anchísimo al Corán. . . .

Salve ! insigne Virtud ! Tú, que pudiste
 Obrar tantos milagros de pagana,
 ¿ Qué no harás, si pacífica y cristiana
 Iluminas al mundo con tu luz ?
 Tú, que al Dios bueno á conocer enseñas,
 Tú, que pudor y caridad inspiras,
 Tú, que arrancando al corazón sus iras,
 Unes al Universo con la Cruz !

Sin ti se agita estacionario el Chino
 Entre mares de oprobio y de riqueza ;
 Sin ti levanta apenas la cabeza
 El polígamo y laso Musulmán ;
 Y los Indos, en castas separados,
 Desconociendo tu igualdad sublime
 So el peso del Bretón que los oprime,
 Bárbaros son, y en la ignorancia están.

Oh ! Si el pueblo de Cristo es sólo grande ;
 Si para hacer viajar su pensamiento
 Ha arrebatado el rayo al firmamento ;
 Si puede al mar y al huracán vencer ;
 Si el Universo entero se somete
 Al vigor de su espíritu fecundo,
 En tu doctrina santa ¡ oh luz del mundo !
 El secreto ha de estar de su poder.

Vén, por piedad ! No dejes de mi Patria
 El verde valle, la tendida loma ;
 Guárdale su pureza de paloma
 Á la nación cristiana en que nació !

Guárdala, y en las ondas bienhechoras
 De tu corriente pura y cristalina,
 Purifica á la raza Granadina,
 Para que medre deleitada en ti.

Sí, vén ! De Dios en el designio sabio
 Nada hay desordenado ni violento :
 El progreso del hombre es un portento
 De tu tranquila y natural acción.
 Vén ! inspira á este mísero ermitaño,
 Que su dolor y lágrimas oculta
 En esta selva solitaria, inculca,
 Para que salve al mundo de Colón.

Pobre eremita ! La aflicción agobia
 Su frente melancólica y sombría,
 Y hasta su risa, cuando asoma, es fría
 Como la luz de hoguera funeral ;
 Y vive como el águila, alcanzada
 De flecha aguda, que orgullosa emprende
 Su vuelo al monte, y solitaria tiende
 Al punzante dolor su ala imperial.

Su mirar, ora vago, y ora fijo,
 Y el amargo sarcasmo de sus labios,
 Revelan su pesar por los agravios
 Que de su hermano, el hombre, recibió ;
 Pero sólo es pesar : noble en su orgullo,
 Huyó el placer de la venganza impía ;
 Y apartado del mundo, en su agonía,
 Á Dios por solo protector buscó.

Odio no siente : el odio le atormenta ;
 Por placer ama, por virtud perdona ;
 Y hasta al amigo infiel que le abandona,
 Recuerda compasivo en su desdén :
 De la Natura admirador, en ella
 Busca de su conducta el alto ejemplo,
 Y es su inocente corazón un templo
 Que el mal no mancha y que perfuma el bien.

Tienen á veces lágrimas sus ojos,
 Y por su grave rostro buscan paso
 Cuando, con el crepúsculo al ocaso,
 Entona el toche su postrer canción :
 Al pajarillo huérfano, al insecto
 Protege y cuida su piadosa mano,
 Y ataca al tigre de su fuerza ufano,
 Y roba sus cachorros al león.

Hay en su albergue rústico y angosto,
 Tallado en bronce, un santo crucifijo,
 Á cuyos pies el solitario fijo
 En ferviente oración postra la faz.
 Sin obtener alivio, ó sin pedirle
 Quizá con fe sincera y esperanza,
 Dos sentimientos á hermanar no alcanza :
 Guerra consigo, y con el cielo paz.

Porque extraviado por la ciencia vana
 Interrogó la misteriosa y muda
 Verdad del Increado, y de la duda
 Hundióse en el abismo aterrador.

Rota la fe, no hay vínculo bendito
 Que á Dios nos una : sin piloto vamos,
 Y del delito en los escollos damos,
 Que oculta el mar funesto del error.

Penden á un tronco, de diversas ramas,
 Quizá objetos de culto á su memoria,
 Quizá recuerdos de pasada gloria,
 El terso casco y el bruñido arnés :
 El arcabuz y la templada espada,
 Con solícito esmero aparejados
 Están en cruz, á la pared colgados,
 Bajo un negro y espléndido payés.

Pace un potro robusto en la explanada
 Frente á su choza, y sobre el tronco inmoble
 La da su sombra protectora un roble,
 Del huracán y el tiempo vencedor :
 Y libros tiene, y el papel amigo
 En que la hiel del ánima derrama,
 Pensando acaso que á la eterna fama
 Legará con su nombre su dolor.

Las aves libres, que del hombre evitan
 El sanguinario destructor instinto,
 De su choza al pacífico recinto
 Suelen albergue y protección pedir ;
 Y el ermita acaricia deleitado
 Aquellos seres, que en su torno vuelan,
 Ó, en sus hombros sentados, no recelan
 Que él los pretenda esclavizar ni herir.

Sin más consuelo, en soliloquio eterno
 El solitario se habla y se responde ;
 Huye del mundo, y en la selva esconde
 De la enemiga humanidad su hiel.
 Y les habla á los árboles, y goza
 En hacer que repliquen á su acento
 Los ecos, que, en fantástico concento,
 Cambian sus notas rústicas con él.

Á veces suele armarse, y cabalgando
 El noble potro á su querer sumiso,
 Por la selva se interna de improviso
 Abandonando su mezquino hogar ;
 Y veredas incógnitas trillando,
 Visita precipicios y torrentes,
 Cuyos arroyos túrbidos é hirvientes
 Se deleita en vencer y atravesar.

Alta es su frente, su ademán resuelto,
 Ancha su espalda, leve su cintura ;
 Descúbrese en su elástica figura
 La agilidad robusta del león ;
 Velan su rostro, en rizos de azabache,
 La escasa barba y luenga cabellera ;
 Lanzan sus negros ojos la certera
 Y atrevida mirada del halcón.

Hicieron ya las armas su embeleso ;
 Mas de su vida el misterioso hilo,
 Por qué le niegue la ciudad asilo,
 Nadie saber pretende ni inquirir.

Sér generoso, el bárbaro le admira
 Y cuida con benévolo respeto,
 Que de su vida el mísero secreto
 No llegue el vencedor á traslucir.

Precaución vana ! La hora se aproxima
 De prueba para él : no hay paz ni calma
 Cuando la espina del amor del alma
 No abandona á su víctima jamás.
 Él ha servido á su opresor, y al malo
 Ningún favor ni beneficio liga :
 Con más tesón que el mal, el bien castiga
 La ingratitud, porque le pesa más.

CUADRO OCTAVO

LA CARTA

ERA la tarde. Pálido teñía
 La selva el sol con su postrera lumbre,
 Y con sentida y blanda pesadumbre
 Gorjeaba el ruiseñor su último adiós.
 La leve brisa apenas susurraba ;
 Murmuraba tranquilo el arroyuelo ;
 Y el puro azul del infinito cielo
 Presentaba un dosel digno de Dios.

Ya la tórtola amante y soñolienta
 El postrimer arrullo despedía,
 Y al arrullo, arrullando respondía
 El compañero oyéndola quejar.